



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Investidura como Doctor "Honoris
Causa" por la Universitat de València a
Emilio Alarcos Llorach

Discurso de aceptación

Valencia, 26 abril de 1996

DISCURSO DEL PROFESOR EMILIO ALARCOS LLORACH

Entre los privilegios con que senectud compensa al hombre de las inherentes molestias y gravámenes somáticos de la edad, se cuenta la aleatoria cosecha de premios y distinciones. A veces llegan demasiado tarde, con solemne e hiperbólico boato de epicedios y panegíricos, ya en el póstumo estado mineral y gaseoso en que, según reza el refrán, poco importa dónde caiga la cebada. Es, pues, a todas luces preferible que estos frutos serondos (acordes con los méritos o no) sean recibidos por el homenajeador en vida, cuando aún es capaz de manifestar gratitud, regocijo, emoción y hasta un sí es no es de vanagloria. De todas formas, cumplidos 888 meses y 4 días de exilio terráqueo (que diría un austero asceta), ya está uno bien curtido en tales lides y puede aplicarse el sabio consejo que a Dello daba Horacio:

*Æquam memento rebus in arduis
Seruare mentem, non secus in bonis
Ab insolenti temperatam Lætitia...*

Sin embargo, después de los encomios excesivos que sobre mí ha sembrado con bondadosa parcialidad el verbo exquisito de la Dra. Echenique, acometo mi turno preceptivo *divisis animis*. De una parte, hinche mi corazón de júbilo el gesto benevolente del claustro de la Universidad de Valencia al haberme conferido, a instancias de los conspicuos compañeros del mester filológico (Ángel López, Antonio Briz *e tutti quanti*), el doctorado *honoris causa* y acogídomo así en su seno ilustre. De otra, perplejo por tan gran merced, no sé cómo agradecerla con palabras rendidas y oportunas. Las más exactas y claras serían estas dos solas: muchas gracias. Mas aunque ahí quede condensada y en cifra toda mi emoción honda y sincera, comprendo que debo decir algo más. Algo que me viene inquietando hace tiempo. ¿Qué tengo yo que ver con Valencia? ¿Qué han visto en mí los colegas de Valencia? ¿Qué significa Valencia para mí?

Yo pisé tierra valenciana ya hombre hecho y derecho. Iba hacia Peñíscola, aún sin bloques, solo castillo, puerto y memorias papales, y a lo más *Calabuig*. Era la canícula. Valencia del Cid se aparecía feraz y hermosa. Calor, hedor de las alcantarillas, fragor de los cohetes, hervor taurino por Sant Jaume, Hemingway todavía ilustrando –barba, puro y copa– alguna terraza. Mas hay otros recuerdos anteriores. Claro es que no aludo a ese saber difuso de Valencia adquirido por todos en la remota infancia y que va unido a la degustación de las naranjas, al arroz en paella heterodoxa y a los turrone; también al recitado de las tres provincias del Reino (que aún se decía) de Valencia y de algunos accidentes geográficos, como el río con su dúplice denominación de Turia o de Guadalaviar; y, en fin, a la fama todavía “progresista” y republicana de Blasco Ibáñez.

Tampoco volveré a recordar cómo en esta Casa fue docente mi padre, durante casi un trienio, *in civili bello*, entreteniéndolo el aislamiento familiar y la penuria alimentaria con los ubérrimos sermones del trinitario Paravicino. De entonces me dejó mi padre herencia fiel de aficiones, amigos y colegas valencianos. No obstante, prefiero remontarme más atrás en la memoria y rescatar algunos elementos de sustrato que iluminan acaso mi vocación posterior de lingüista. Como lo soy, se esperará, pues, que hable hoy de lengua. Y así es: hablaré de la lengua y yo, o de las lenguas y yo, aunque esquivando los escollos de nuestra jerga científica, tan poco apta para actos como el de ahora, donde prudencia aconseja aduicguar lo solemne con amenidad jovial.

Hasta los seis o siete años estuve expuesto al influjo de dos idiomas: el español y el catalán; pero viviendo en territorios del antiguo reino de León y apartado desde entonces de la familia materna, el catalán fue quedando relegado a ciertas frases, a ciertas historietas o canciones que contaba o cantaba mi madre y a cierta ristra de fórmulas (remedadas en monodia insistente por la ironía asturiana de mi tío paterno) con que mis abuelos, como alivio de sus alifafes o cansancios, jalaban las horas del día o resumían sus rutinarios eventos.

Entonces, muchísimos años antes de saber de la existencia de Saussure y de

Hjelmslev, me di cuenta de que el signo es arbitrario y de que cada lengua ahorma a su modo la sustancia real. Como cuando mi abuela se quejaba de la cefalalgia que con frecuencia padecía; ella decía: *tinc mal de cap*, y nosotros le preguntábamos: *¿te duele la cabeza?* Qué duda cabe; yo no me explicaba esos hechos con palabras tan precisas y técnicas, ni siquiera con palabra alguna, sino sintiendo solo que hablar una lengua y no otra era cuestión relativa, que dependía del sitio donde lo habían puesto a uno a vivir y a convivir con los demás. Me preguntaba, en primer lugar, qué mérito había en hablar así o asá, y después, dónde estaba el problema de alternar los idiomas en paz y sin confusión. Por eso no me cabía en la cabeza cómo un tío político mío, de Peñaranda de Bracamonte, se ponía frenético porque no se enteraba de nada cuando mi tía y demás familia departían apaciblemente en catalán de las cosas que pasaban.

Estas primeras impresiones lingüísticas se fueron ensanchando en los cursos preparatorios al ingreso en el Instituto al ponernos en contacto con el francés, que en aquellos años antiguos y preatómicos era aún la lengua internacional por antonomasia, apoyada en el múltiple prestigio irrefragable de París. Con las complicaciones de la grafía francesa descubrimos otra arbitrariedad sorprendente: la de la independencia relativa de la voz y de la letra. Nos lo querían explicar con aquellas tonterías vanas de que el español se pronuncia como se escribe (y otras *idées reçues* de la misma laya). Al decir que las lenguas se pronuncian de determinada guisa se conoce que la gente considera primordial lo escrito, porque permanece; pero la realidad es lo contrario: hay que decir que las lenguas se escriben así y así, pues es anterior lo oral, aunque se desvanezca (ya no hoy, gracias a las grabadoras y el sonido enlatado).

Mi madre, no sin razón, nos recordaba que el catalán estaba a mitad de camino entre la *grandeur* del francés y la sequedad barroca o barroqueña del español (calificaciones que pongo yo ahora). Con sus cotejos, casi reproducía aquellos bizantinismos de los romanistas que gastaron tanta tinta y fatigaron tanto los tórculos para decidir si el catalán era una lengua galorrománica o

iberorrománica, hoy cuestión poco atendida gracias a la difusión de otros intereses y al atractivo de lo sociolingüístico, de lo pragmático, de lo textual, y sobre todo de lo que repercute en la economía cotidiana.

En tales circunstancias –yo tendría nueve o diez años–, asistí a una experiencia nueva que me hizo entrever lo que después llamaríamos dialectología. Cierto es que mi trato idiomático con las gentes continuas de mi casa ya me había permitido atribuir a diferencias, como decimos ahora, diatópicas y diastráticas algunas palabras recluidas en ciertas comarcas o en ciertos estamentos. Fuera de casa no usábamos palabras familiares procedentes del habla de mi padre o de mi madre. Aprendíamos, en cambio, otras (para no mentar las voces nefandas exclusivas entre amigos), como *malrotar*, que nos sonaba a rústico, o insultos como *pelele* y *cenutrio*, y nos contagiábamos de usos como *quedar* o *caer* transitivos (*no quedes la llave en casa; vas a caer la jarra*), o la confusión generalizada de los clíticos de tercera persona por el ejemplo perverso y diverso de leístas y laístas de toda condición.

Un buen día –serían vacaciones veraniegas– aportó por casa una de esas buhoneras o regatonas ambulantes que vendían a domicilio saldos de paños, piezas de cama, mantelería y otras labores artesanas. Era mujer de mediana edad, con faldas y refajos de mucho vuelo oscuro hasta los tobillos, pañoleta caída desde el moño negro y el pelo tirante, tan cetrina y enjuta de rostro cuanto oronda del hemisferio pelviano. Sacándola de un voluminoso e informe envuelto, ofreció, que yo recuerde, una colcha adamascada y gualda, y, desplegándola y haciendo lucir sus visos, ensalzó con mucha labia su calidad y estofa. Como notó mi madre el acento lleno de velaridades laterales de la mujer, pasó sin más al registro catalán y le preguntó si era de por allá. Respondió que no, que era valenciana; y ya la conversación, ceñida a la alabanza y al regateo amebeos del cobertor, se prosiguió con fluidez en la lengua heredada de Ausiàs March. Cada vez que mi madre se mantenía en la cota inferior de la oferta sin ceder nada, la vendedora andorrera insistía en su precio de demanda poco a poco rebajado y trataba de conseguir un alza

favorable con reiterada muletilla: “Digui’m una parauleta més”. No sé en provecho de quién se consumó la transacción, lo cual, como es lógico, no me afectaba en absoluto; pero aquello de “una parauleta més” nos hizo tanta gracia a mi hermano y a mí, que lo adoptamos como recurso de rogativa machacona ante mi madre siempre que se negaba con la boca pequeña a complacer algún deseo nuestro o dilataba su cumplimiento a largo plazo.

Pero, volviendo a la escena, sí advertí con curiosidad, durante el largo tira y afloja, las diferencias de sus hablas. Mientras, por ejemplo, mi madre decía *meva* y *blava*, la otra articulaba *meua* y *blaua*. Y sobre todo me chocaba en su dicción tanta [a] y tanta [e] en lugar de las lóbregas (o foscas, que diría En Moll) [ə] átonas de mi madre. Deduje una enseñanza dialectológica importante: que a veces se conocía con nombres distintos una misma lengua, o que había lenguas que casi eran iguales. En aquella ocasión, el catalán mataroní de mi madre y el valenciano *apitxat* de la ambulante ¿eran una sola lengua o dos distintas? Dilema cuya resolución pospongo, y propongo a las autoridades competentes.

He recordado la anécdota a menudo, cada vez que se levantan disputas vanas acerca de las lenguas. Es curioso observar el diferente comportamiento de los hombres: aunque pueden y saben respirar, se abstienen prudentemente de discutir de la respiración con los neumólogos, y, por mor de la salud, acatan sus dictámenes; en cambio, con inconsciente y grave osadía, por la mera circunstancia de saber hablar, casi todos se creen autorizados a pontificar sobre la lengua como si fueran lingüistas. Y es que el usuario se hace de la lengua una idea donde suelen mezclarse, por tradición, cuestiones muy ajenas, prejuicios, rutinas, adherencias sentimentales, errores, simplificaciones.

Cuando el lingüista, objetivamente, dice esto o lo otro de una lengua, no le importan los elementos extraños que haya entreverado en ella el hablante, e incluso los olvida. Pero si al oponerse a los dislates comunes, la opinión del lingüista no concuerda con la del hablante ingenuo, este puede sentirse ofendido y hasta revolverse iracundo. En realidad, ninguno de los dos está refiriéndose a lo

mismo: el lingüista habla de la lengua, instrumento de comunicación; el hablante siente en ella la herencia en que se han sedimentado los esfuerzos y las ansias, los gozos y los desastres de sus antepasados. El lingüista es también hablante de una lengua a cuyos efluvios no deja de ser sensible. Pero debe escapar como Ulises de sus cantos de sirena, porque es peligroso que el lingüista se deje contagiar de creencias irracionales, o que, aún peor, interesadamente las acepte como herramienta de medro personal y de acción sobre los demás. Y si se enfrentan dos lingüistas de este jaez, forrados con corazas de signo contrario, pueden surgir chispas que enciendan la guerra de las lenguas.

Algún vate inspirado e irónico, contemplando el panorama de España derivado del revuelto artículo tercero de la Constitución, podría componer, si tuviese paciencia y diligencia, un poema épico-burlesco que titulara la *Glosomaquia*, cuajado de hipérboles, antífrasis, perífrasis, elipsis, metagoges y prosopopeyas. Pero las lenguas no se pelean. Los enfrentamientos se producen entre las personas. Por las causas de siempre, a que hemos aludido arriba. Mientras el egocentrismo, o atención exclusiva al propio ombligo, es actitud psíquica vituperable y generalmente mal vista por la sociedad, resulta paradójico que el sociocentrismo, como llamaba Julio Caro Baroja a la tendencia de cada comunidad a no ver más allá de lo visible desde el propio campanario, suele aceptarse variablemente según la etiqueta que se le adjudique.

Son muchas y matizadas. Ha tenido y tiene muchos valedores el patriotismo. El nacionalismo viene a ser un patriotismo restrictivo y antagónico o de oposición. Modalidades más moderadas y reducidas son los regionalismos, los localismos de población, aldea, barrio, calle o lo que sea. Serían también desviaciones de estas tendencias los corporativismos, o gremialismos, y cómo no las latrías de las diversas hinchadas deportivas. Ello sin contar exacerbaciones aberrantes y violentas como el nazismo y sus epígonos miméticos.

La raíz de las divergencias entre comunidades ya se sabe que es económica. Estas razones son poderosas, pero carecen de atractivo para la masa y hay que

revestir su poca elegancia con retórica sentimental. Desde por lo menos el romanticismo se ha transpuesto a la sociedad la concepción dual de los seres (cuerpo y alma) y se ha difundido la creencia en el *Volksgeist*, como si cada comunidad estuviese animada por un espíritu misterioso y diferente (*diferencial* suelen decir). El espontáneo movimiento de identificación que cada individuo experimenta hacia las cosas y las personas entre las cuales ha nacido y ha crecido, puede ser inflamado fácilmente desde los ámbitos en que se manejan los asuntos de la *res publica*, allí donde se han preocupado siempre de incrementar los presuntos rasgos distintivos propios frente a otras comunidades: las “señas de identidad”, que se dice. De esta actitud funesta nacen las llamadas políticas lingüísticas.

Como los hablantes son muy sensibles a su lengua materna, se ha intentado hacer de la lengua el núcleo de las señas de identidad. Mas hay dos modos de entender este carácter fundamental de la lengua. Uno es el de los escritores. Estos, puesto que viven de la lengua, suelen defender la idea de que la lengua es la sangre del espíritu. Pero (aparte de qué sea en el fondo el espíritu) este estará siempre por encima de las diferencias políticas y las fronteras nacionales. En cierto modo, tiene razón Roa Bastos cuando afirma que su patria es la lengua de Cervantes. No importa lo demás. ¿Qué sentido tendría traducir a Valle-Inclán al gallego para “restituirlo” a su comunidad de origen, cuando las señas de identidad gallega están presentes en su obra aunque escrita en español? El artista suele utilizar para su obra la materia que tiene más a mano, y así como Berruguete talló troncos de pinos castellanos, mientras Miguel Ángel esculpió mármoles de Carrara, los escritores recurren a la lengua aprendida desde la cuna y en consecuencia Dante escribió en toscano, mientras Berceo rimó en el romance de la Rioja emilianense. Pero también, aunque cambien de lengua o de material, mantienen unos y otros los rasgos propios de su mentalidad sin enajenar su origen. ¿Es otro Miguel Ángel el que pinta que el que esculpe? ¿Es menos irlandés Beckett cuando escribe en francés?

El otro modo de considerar la lengua (con cierta intención doblada), consiste

en hacer creer que lengua y comunidad coinciden en sus espacios. En otra parte he escrito: “los modernos agentes de la política lingüística identifican territorio jurisdiccional con idioma, y, enarbolando la lengua como estandarte y seña de identidad, la convierten en objeto sacro de veneración, en portador de valores eternos y de una misión de destino en lo universal”. Ya sabemos que no es así, pues hay lenguas que se extienden por comunidades muy diversas (como el inglés), y comunidades muy unitarias y uniformes con pluralidad de lenguas (como la Confederación Helvética).

Los dueños de las lenguas son sus usuarios y nunca los que desde el poder pretenden encauzarlas, imponerlas o desarraigarlas. En el transcurso de la historia, diversas comunidades han cambiado de lengua sin problemas y según las conveniencias. No niego que desde el poder, aquí o allá, se haya impuesto el uso obligatorio de otra lengua. En semejantes circunstancias, los hablantes pueden doblegarse y, acatando la ordenanza, convertirse en bilingües, pero no olvidan su propio idioma. Si alguna vez ha ocurrido, su abandono y olvido es consecuencia de la voluntad o noluntad de los hablantes, por comodidad o por interés. La imposición ajena no es suficiente para la erradicación de una lengua.

A partir de la anécdota de la buhonera, hemos rozado varios de los problemas de los contactos de lenguas. En esta comunidad valenciana existen dos zonas lingüísticas de tradición diferente: la que proviene de la expansión del castellano (o aragonés) medieval y la que pertenece al romance levantino. En los siglos pasados nunca han estado en conflicto. Cada uno hablaba como quería (o como era más conveniente). ¿Por qué escribió en español Guillén de Castro? Por razones análogas a las que movieron a un extremeño como Torres Naharro a alternar en alguna obra el castellano con el valenciano y el italiano. No hay motivos suficientes para la “glosomaquia”. Castellano y valenciano se reparten el territorio de esta comunidad. Ambos no son sino variantes del latín difundido en la Antigüedad desde Dacia hasta Lusitania. Las modalidades contiguas se asemejan. A veces los vecinos procuran exagerar las diferencias entre sí. Otras, algún vecino pretende asimi-

larse al otro. No hace falta recurrir a ejemplos. Lo sensato será ajustarse a la convivencia que se desprende de la escena infantil que he recordado. Por ello, repito lo que tantas veces llevo dicho: que hay que dejar que las lenguas sigan el curso que inconscientemente quieren sus hablantes. Y lo que sea sonará.

Magnífico y Excelentísimo Señor Rector, señores Claustrales, señoras y señores, amigos todos de acá y de allá que con vuestro afecto habéis querido cobijarme en esta investidura: no querría acabar este ya largo parlamento, sin reiterar mi satisfacción más profunda por el alto honor con que me distingue la Universitat de València, y reconocer la deuda contraída para siempre con los indulgentes colegas que han urdido el proceso ahora concluso. Parodiando el encarecimiento que de su amor hacia el gran poeta cuatrocentista de Gandía, yo aseguro también de mi agradecimiento que será más difícil borrarlo que hallar un pez en el bosque o que en el agua moren los leones:

*Menys que lo peix és en lo bosch trobat
E los lleons dins l'aigua han llur sojorn,
La mia amor per null temps pendrà torn.*